

El viaje americano y las Españas

en la obra de Antonio Machado¹

Lo que más llama la atención de la imagen de América reflejada en la poesía de Antonio Machado es su carácter virtual, no sustantivo; es decir, casi inexistente.

Al abordar el tema por primera vez daba por descontado, como viejo lector que era del poeta sevillano, una presencia obligada de América en su poesía. Cosas del amor. Mi sorpresa fue grande ante la comprobada ausencia, y en nada disminuyó cuando extendí el objeto de mi investigación al total de su obra. De su teatro, de su prosa y de su correspondencia, América seguía, prácticamente, ausente.

Reuniendo los fragmentos de los textos machadianos donde se alude, en forma directa o indirecta, a América, es posible esbozar una hipótesis que explique el desinterés mostrado en los hechos por el autor de *Campos de Castilla* hacia ese *ultramar de Sol*, como algún día la calificara. Intentar hacerlo es lo que aquí nos proponemos.

Hacia el final del siglo XIX muchos y renombrados intelectuales españoles parecían no haber digerido aún la realidad de la independencia de las repúblicas americanas que fueran colonias del desaparecido imperio español.

«Clarín», por ejemplo, refiriéndose al guatemalteco Gómez Carrillo dice: *Vive lejos de España y lejos de América, que viene a ser España* y agrega *conste antes de seguir que, para mí, radical en esto, España y América son una sola nación, aunque ellos no quieran y aunque tengan diferentes estados*. Gómez Carrillo, de quien he tomado esta cita, recuerda que, en una entrevista, Juan Valera le expresara: *No sabe usted lo que me hubiera gustado conocer la América española, que al fin y al cabo no es sino una prolongación de España, en un continente de fabulosa belleza e increíble riqueza...*².

¹ Entiendo que hoy el mejor homenaje posible a Antonio Machado es contribuir a la desacralización de su imagen de semidiós de la poesía, para poder comprenderlo mejor y así amarlo más como el hombre cabal que fue.

² Enrique Gómez Carrillo: Treinta años de mi vida: La miseria de Madrid (pg. 42/43), Editorial Victoria, 1945, Bs. As.

Dentro de este marco referencial es posible imaginar que la infancia de los hermanos Machado estuvo poblada de las historias de aventuras y experiencias en esa tierra exótica que alguna vez corriera su abuelo Antonio Machado y Núñez; quien en su juventud había marchado a Guatemala a «hacer la América» y de donde regresara lo suficientemente rico y joven como para financiar sus estudios de medicina en París. En ese tiempo todavía una parte de América era española y fue tal vez en esa época cuando la impronta ideológica de «las Españas» marcó para siempre a Antonio.

Para la generación siguiente América siguió siendo un puerto igualmente deseado, pero ya no tan afortunado. El padre de nuestro poeta, Antonio Machado y Alvarez —conocido en el mundo de las letras con el pseudónimo de Demófilo— marchó a su tiempo al nuevo continente, buscando paliar la crisis económica que afectaba a su familia. No tuvo la suerte de su padre; América no fue para él el lugar desde donde se regresa rico y pasó a ser el país lejano desde donde también se puede volver pobre y moribundo.

Sin embargo, quebrantada definitivamente la economía familiar, luego de las muertes sucesivas del padre y del abuelo paterno, la fantasía de una América legendaria, proveedora de riqueza, todavía subsistía en la tercera generación familiar. Hacia 1895, el joven Antonio Machado y Ruiz concibe la posibilidad de trasladarse a su vez a Guatemala, donde todavía habitaba un tío abuelo. Forzado por la particular circunstancia americana se ve obligado a abandonar su proyecto y será su hermano Joaquín quien intentará la aventura, para regresar, sin pena ni gloria, hacia 1902. Interín, sin duda, las ilusiones de los jóvenes Machado han sufrido un rudo golpe con la derrota de España a manos de los norteamericanos y la consiguiente pérdida de las últimas posesiones españolas en Indias.

La idea de un viaje a América —casi una obsesión familiar— se ha desvanecido ya en la época de la aparición del primer libro de poemas de Antonio, *Soledades*, en 1902; pero no de la fantasía del poeta que parece conservarla intacta toda su vida.

América se presenta ante los ojos de Antonio Machado como un lugar lejano, casi como un destierro, hacia el cual se parte o del cual, simétricamente, se vuelve. En el teatro de los hermanos Machado —la común historia familiar permite imaginar en Manuel una actitud similar a la de Antonio— se encuentran muy escasas referencias al Nuevo Continente y todas ellas documentan nuestra observación.

Así, en *La Duquesa de Benamejí* una de las protagonistas afirma: *Nos iremos a las Antillas tú y yo / y al rey desde allí le diremos / que le reconquistaremos / la América que perdió* y otro, en *Las Adelfas*, duda entre partir a Chile o al Canadá.

En el mismo sentido, en *Desdichas de la fortuna o Julianillo Valcárcel* se pone en boca de un Julián delirante —de quien se murmura en la obra que ha sido «aventurero y bandido en México»— el siguiente parlamento:

Julián: *Quiero irme...* / Condesa: *¿Pero adónde?* / Julián: *No lo sé. Viajar, viajar es mejor, / sin llegar / (a Gil Blas) Tú me acompañarás.* / Gil Blas: *¿Pero adónde?* / Julián: *A nueva España.* / Gil Blas: *¡Es tan lejos, señor!*

Por su parte *La Lola se va a los puertos* culmina con la partida de ésta y de Heredia hacia América, más concretamente, hacia Buenos Aires.

En la prosa de Machado este irse y volver reaparece incidentalmente al glosar el poeta las palabras de Juan Ramón Jiménez *a su llegada a América*, o al referirse a la aparición en Madrid de Ramón del Valle Inclán *a su vuelta de América* y alcanza su climax en una carta a Miguel de Unamuno cuando señala: *En esta tierra —una de las más fértiles de España— el hombre de campo emigra con las manos libres a buscar pan, en condiciones trágicas, en América y en África.*

¿Y quién es, nos preguntamos, la figura prototípica de ese hombre que va a y vuelve de América, sino el indiano? El estereotipo de este español que quemó su juventud en las tierras de Ultramar, para volver luego rico a España, se transformó en uno de los *leit-motiv* de Machado cuando piensa en América³. Ya en el primer poema de *Soledades* —«El Viajero»— se insinúan casi todos los elementos de su visión sobre el tema, salvo la riqueza, a la cual no se alude. El intenso aire melancólico que domina este poema y la referencia familiar que en él se hace, autorizan a pensar que este viajero regresa con las manos vacías. Todavía no nos encontramos frente a un auténtico indiano:

*y entre nosotros el querido hermano
que en el sueño infantil de un claro día
vimos partir hacia un país lejano.*

La juventud perdida —el precio de vender el alma al diablo— irrumpe sin sordina:

lamentará la juventud perdida.

y poco después:

*la blanca juventud nunca vivida
teme, que ha de cantar ante su puerta.*

Más que referirse al viaje concreto de alguno de sus hermanos, Antonio parece evocar aquí un futuro que pudo haber sido el suyo.

³ En alguna oportunidad, Antonio Machado utiliza indiano como sinónimo de americano. Así en el poema de *Nuevas Canciones*, «En la fiesta de Grand-montagne», dice: «al suelo indiano... os vais, buen caballero».

Pero es en *La tierra de Alvargonzález* donde campea la imagen del indiano y es analizando esa figura como puede llegarse al fondo del pensamiento machadiano.

Dos textos nos facilitarán esa tarea: uno, el poema mismo; otro, una versión en prosa donde el poeta recoge la historia que coincide, en lo general, con el primero; salvo en la parte final y que, además, ofrece una crónica previa del viaje del propio Machado por los lugares donde escenifica el romance. En la trágica historia de los Alvargonzález, dos hermanos —Juan y Martín— matan al padre para adelantar el cobro de su herencia. Una maldición cae sobre ellos, sus casas y sus campos malhabidos. Un tercer hermano —Miguel, el menor— regresa enriquecido de América y adquiere a sus hermanos parte de la hacienda familiar que, en sus manos, prospera de nuevo. Los desafueros de los parricidas persisten —al igual que la maldición— y se ven obligados a vender al indiano el resto de la heredad. En el poema, ante la imposibilidad de escapar a su destino, ambos se precipitan en la tétrica Laguna Negra, donde habían arrojado en su momento el cadáver del padre. En el texto en prosa, que evidentemente precede al poema, primero asesinan a Miguel para heredarlo. La doble fuente que nos provee el autor permite advertir los cambios que el mismo introdujo al volcar su crónica en prosa, a la forma definitiva del poema.

Confrontando ambas vemos que, en Antonio Machado, sobrevive el tradicional prejuicio hispánico contra el indiano. Así en el párrafo tercero de la crónica de su viaje recuerda:

El indiano me hablaba de Veracruz, mas yo escuchaba al campesino que discutía con el mayoral sobre un crimen reciente.

Poco después, al llegar a Cidones, se entretiene en describir el paisaje: *Hacia el camino real destácase la casa de un indiano, contrastando contra el sórdido caserío. Es un hotelito moderno, rodeado de jardín y verja.* La nota amable que se desprende de esa descripción desaparece en el poema: *Van Duero arriba dejando / atrás los arcos las piedras / del puente y el caserío / de la ociosa y opulenta / villa de los indianos.* En el cuarto capítulo del poema, sugestivamente titulado «El viajero», como aquel primer poema de *Soledades*, se califica al indiano otra vez de «opulento». Este, no obstante la simpatía que inspira —más por contraste con sus torvos hermanos, que por sus propias virtudes— y pese a haber gastado toda su fortuna en rescatar la hacienda paterna y a haber trabajado como el que más, no puede redimir ante Machado su condición de indiano: *Juan y el indiano aparejan / las dos yuntas de la casa o, más adelante, en la tierra que ha nacido / supo afinar el indiano.* Parece que su paso por las Indias se le hubiera adherido, irreversiblemente, a la piel. Y algo de eso hay.

En el poema se alude, como al pasar, a «la piel morena» de Miguel, pero en el antecedente glosado se precisa que el indiano tiene *la tez morena, algo quemada y el rostro enjuto, porque las tierras de Ultramar dejan siempre huellas, pero en la mirada de sus grandes ojos brillaba la juventud*. Reaparece así el tema de la juventud perdida en tierras lejanas, hacia donde partió y de donde un día tornó el castellano, según se lo explicita en sendos versos.

Para que nuestro enfoque no parezca exagerado conviene recordar las malandanzas de Don Abel Infanzón, el perulero rico, quien en *Desdichas de la Fortuna*, se ve envuelto en una intriga donde luce impertinente, inoportuno y ridículo en su intención de conseguir los favores de la protagonista Leonor, haciéndole regalos, como ella lo señala, de «oro macizo».

Y así, a propósito de los devaneos de Don Abel, llegamos al tema del oro; ese inquietante oro que los indianos, en opinión de Machado, parecen ganar tan fácilmente, gastar aún más fácilmente y con el que amenazan apoderarse, sin mayores miramientos, de haciendas y corazones metropolitanos.

Sorprende comprobar hasta qué punto fascinaba a Antonio Machado el oro de las Indias. Conociendo su sobriedad personal, su casi ascética forma de vida, su desinterés manifiesto, cabe descartar en su caso toda avidez material y buscar la causa de esa atracción en el aspecto legendario con que ese oro se presentaba a su imaginación, tal vez cristalizada en aquella frustrada aventura americana de sus mocedades.

Cuando Miguel Alvargonzález, que el apellido creemos no lo había perdido, retorna a su tierra *gruesa cadena formaba / un bucle de oro en su pecho* y cuando compra a sus hermanos parte de la heredad, les da por ella *mucho más oro del que nunca había valido* según consigna Machado en su crónica. En verso lo expresa así: *Miguel a sus dos hermanos / compró una parte, que mucho / caudal de América trajo / y aún en tierra mala, el oro / luce mejor que enterrado / y más en mano de pobres / que oculto en orza de barro*. Machado comenta: *el oro devolvió la alegría a los malvados quienes gastaron sin tino en el regalo y el vicio*. Por último, el poeta señala que *Miguel les ofreció el oro que le quedaba a cambio de las tierras malditas*. Como es posible advertirlo, el oro aparece aquí omnipresente, pero mientras el manipuleo concreto de ese oro, el «oro operativo» como diríamos hoy, suscita en el poeta su reflexión moral, es el oro simbólico, la alegoría que cree descubrir en él, el que, en cambio, atrae el interés del estoico sevillano.

En el poema que dedica a Miguel de Unamuno es posible leer:

*Tiene el aliento de una estirpe fuerte
que soñó más allá de sus hogares
y que el oro buscó tras de los mares*